

Moralidad social y capacidades morales: un homenaje a Daniel A. Carrión

PEDROORTIZ-CABANILLAS

El cinco de octubre de cada año, los médicos del Perú rendimos especial homenaje y reverencia a nuestro Héroe Civil Daniel Alcides Carrión, y junto a él, en su nombre, rendimos homenaje a todos los médicos héroes y maestros ilustres, aludiendo muy especialmente a sus obras, sociales, científicas o de otro tipo, que nos legaron para nuestra propia formación.

Sin embargo, pocas veces aludimos a las condiciones en que vivieron, para mostrar que, en lo esencial, sus circunstancias no han sido muy diferentes de las que ahora vivimos. Conviene que ahora lo hagamos, para poder comprender por lo menos cómo se sobrepusieron a ellas y lograron realizar su cometido. En consecuencia, como parte de este modo de reconocimiento, y en el plano de la realidad más cercana, también tendremos que rendir especial deferencia al médico desconocido: aquél que en algún momento se contagió y padeció la enfermedad de sus pacientes; aquél que sufrió alguna tortura infame; aquél que en algún momento quedó sin trabajo; aquél que no llegó a tener o ya perdió los derechos que tenía.

Nuestra intención es destacar el efecto resiliencia que estos hombres lograron usar, naturalmente sin saberlo, para sobreponerse a toda adversidad y cortapisa que una sociedad pre-moral –aquella que no ha llegado a ser plenamente moral– impone a sus miembros desde el momento de su concepción, hasta dejarlo limitado en sus capacidades; limitado en el desarrollo pleno de sus potencialidades. Trataremos pues de hacer aquí un análisis no de sus condiciones de vida más inmediatas, sino de aquellas relaciones inaparentes, pero que sin duda existen, entre, por un lado, la moralidad del estado, y por otro, las condiciones en que primero nos formamos y más tarde trabajamos, o más específicamente, del problema de la relación entre la corrupción y la negación o escamoteo de los recursos destinados a los servicios médicos y de salud. Por otro lado, se debe tener en cuenta que las decisiones de carácter político que se generan en los más altos niveles del poder económico, son las que determinan hasta donde llega el límite

inferior de miseria, y hasta donde el superior de las capacidades de una sociedad, más todavía si sabemos que hay una estrecha relación entre el nivel de ingreso, la satisfacción de las necesidades básicas y cuanto pueda producir y crear cada individuo.

Al hacer esta reflexión, no vamos a hacer una descripción más de tales condiciones, ni menos una recapitulación de sus procesos, tal como se han dado en la historia del subdesarrollo, como podríamos hacerlo respecto de nuestro país. Entendemos que sería bueno hacerlo, tal vez desde puntos de vista diferentes, pues es preciso explicar, como decíamos, de que naturaleza son los procesos sociales, especialmente económicos, que determinaron la personalidad resiliente de Carrión, así como de muchos otros, que en otro orden de cosas, sobresalieron a pesar de las condiciones negativas que hubieron de sufrir y lograron vencer. Estaremos de acuerdo en que tales condiciones no tienen por que haber sido distintas en su naturaleza, sino sólo en sus reales dimensiones y alcances respecto de las nuestras: es evidente que ahora ya no se trata de problemas domésticos de un país relativamente aislado, sino de un país inmerso dentro de una globalización mercantilista y deshumanizada que lo constriñe, y lo que es peor, restringe hasta las potencialidades de su propia formación como personas.

Pretendemos, lógicamente de modo sucinto, recapacitar sobre uno de tres problemas estrechamente ligados a la moralidad que subyace tanto a los actos sociales y políticos de quienes representan al estado, como de quienes dependemos de él. Aquí no cabe sino empezar por darse cuenta de que la moralización de la sociedad no se alcanzará jamás si es que seguimos aceptando como invariantes los procedimientos éticos, de tipo filosófico o tecnológico, que han fracasado desde que los primeros filósofos se percataran y describieran la situación de inmoralidad de su ciudad, nada menos que hace cerca de 2 500 años. O como si no hubiera otros procedimientos que se pudieran crear y aplicar, dadas las condiciones reales de inmoralidad social, tan aceleradamente acentuados en muchos círculos de poder en los últimos tiempos.

En realidad, bastante se ha discutido y aún se discute acerca de problemas como éstos:

Médico neurólogo
Director del Instituto de Ética en Salud. Facultad de Medicina San Fernando,
Universidad Nacional Mayor de San Marcos



1. De qué naturaleza son las normas morales, cuáles son las más esenciales, cuántas se necesitan, qué efectos se esperan de ellas, etc.
2. Qué procesos determinan la formación moral de las personas: cómo se moralizan, cómo se las tiene que moralizar, dónde se moralizan mejor, en qué momento se moralizan, cuántas sería más conveniente moralizarlas, y otras cosas más.
3. De qué naturaleza es el sujeto moral, sobre el cual poco o nada se comenta, y pocas veces se habla; en qué sentido es moral, qué es lo moral en el individuo: su comportamiento, su conducta, su mente, su voluntad, su conciencia, la totalidad del individuo, la totalidad de la persona, su personalidad?. O la personalidad?

Lógicamente que para responder esta clase de interrogantes, se deberá tener presente que la primigenia teoría ética no fue fundada sólo para los individuos, ni menos para discutir si los animales tienen alguna clase de moral, y si al respecto hay continuidad o discontinuidad entre los animales y el hombre. Una cuidadosa lectura de los clásicos nos revelará que la teoría ética fue elaborada para moralizar, en primer lugar, a los gobiernos, al estado, a la sociedad.

Por eso tenemos que precisar de qué naturaleza es aquello que debe ser moralizado realmente: es sólo el individuo, o lo es también la sociedad como tal. Y si aceptamos que éstos son los objetos, o mejor, los sujetos que han de moralizarse o formarse moralmente, es decir, los hombres concretos y la sociedad concreta, de inmediato tendremos que preguntarnos en qué momento se hizo desaparecer la sociedad como sujeto de moralización y se redujo la preocupación ética tan sólo a la moral y la formación moral del individuo. Más aún, ni siquiera al hacer referencia al individuo se precisa la naturaleza del sujeto en sí, pues, en realidad, no forma moralmente al individuo en abstracto, al individuo promedio, sino a los individuos concretos; hasta que cada uno de los individuos humanos se transforme en una personalidad íntegramente moral.

De inmediato debemos responder que esta estrategia social de sepultar la sociedad, reduciéndola al status de piara o rebaño, empezó en el momento en que la estructura económica asume la posición rectora de todo el sistema social; el momento en que surge el poder económico, ya no detrás del estado, sino dentro del estado, estrategia ésta que se convalida y gana su justificación en el momento en que la ciencia natural sentencia que la persona es sólo un animal humano, miembro de la eterna e inmutable especie *Homo sapiens*.

Una de las peores consecuencias de esta no tan velada forma de reduccionismo —se reduce la sociedad al conjunto de individuos; se reduce la cultura a la mente del individuo—, es la detracción de la política, que de haber sido diseñada como estrategia de moralización del estado y de los miembros de una nación, ha

sido convertida en lo que cualquier estudiante de secundaria reconoce: la política equivale a la prepotencia, la dominación, el autoritarismo, el abuso, el engaño, la corrupción, la inmoralidad, como medios o formas de ejercicio del poder.

Para definir la naturaleza de la sociedad, es pues indispensable repensar acerca de los verdaderos procesos que determinaron la evolución y los niveles de organización de los seres vivos. Repensar en la clarísima diferencia que existe entre las formas de organización multiindividual de los animales y la organización supraindividual de los hombres.

Así, por ejemplo, a partir de una diferente reinterpretación de lo que objetiva y empíricamente se ha observado y probado acerca del desarrollo de los sistemas vivos, se puede deducir que el animal no tiene ni tiene porque tener una conciencia, por la sencilla razón de que los animales ni siquiera han empezado a formar una sociedad como la nuestra, así se diga que ésta tiene sus propias limitaciones morales como toda especie animal.

En efecto, todo niño nace en esta sociedad donde primero es educado dentro de una estructura tradicional, luego instruido en el seno de una estructura cultural y finalmente integrado dentro de una estructura económica, productiva y comercial, donde debe trabajar para satisfacer la clase de necesidades que ella misma, la sociedad, le crea y ofrece.

Por eso, cada niño asimila sentimientos, conocimientos y, por encima de todo, motivaciones, esto es, los valores que determinarán la estructura moral de su conciencia, tal como se expresa en sus actitudes, en su carácter, en su conducta; es decir, en toda su actividad personal integrada. No es posible negar que todas estas clases de información tiene que guardarlas en la memoria de su cerebro, y que así cada individuo humano construye y forma su propia conciencia. Deducimos que de esta conciencia depende que cada uno de nosotros haya llegado a ser una personalidad.

Es pues evidente que el problema del desarrollo moral de una persona, no empieza ni termina en su familia. La formación moral de cada uno empieza y termina dentro de una sociedad, y continuará mientras estemos en ella y dependamos de ella.

Aunque se diga lo contrario, es dentro de la historia de esta sociedad donde nos formamos, deformamos, transformamos y reformamos. Es evidente que nos han enseñado que la presencia de una estructura semejante no debe importarnos en grado alguno: lo único real es nuestra individualidad, nuestra unicidad, con su respectiva libertad. Sin embargo, recordemos por lo menos que ha bastado una década para demostrarnos que la sociedad, el estado y el poder económico existen realmente y que no podemos soslayarlos. En efecto, el poder económico, a través del rumor, las opiniones, las imágenes y las noticias (en especial a través de los diarios y la televisión), sin que los peruanos se percaten, ha convertido a niños, jóvenes y mayores, en seres sin un sólida



moral; y que nos percatemos –ojalá no demasiado tarde– de que esta sociedad no tiene una estructura plenamente moral: ni como estado, ni como institución, ni como familia.

Por lo general, cuando se afirma que cierto individuo es corrupto, se dice que la institución de la que forma parte no lo es. Por eso se afirma que todas las instituciones son enteramente morales, a pesar de la inmoralidad de alguno de sus miembros; pero, en muchos casos, es preciso explicar las cosas al revés: que tal o cual institución o empresa es corrupta, a pesar de que algunos de sus miembros son ciertamente honestos. Con este tipo de subterfugio no hacemos otra cosa de reafirmar la estabilidad de la misma situación inmoral. Cuando, en términos reales, más conviene afirmar lo contrario, mejor dicho, no conviene decir que tal o cual señor es un corrupto, pero que la institución no lo es; sino más bien que si hay un corrupto, es porque las condiciones están dadas para que tal persona exista.

Por ejemplo, no es que haya uno que otro avaro que pretende convertir todo lo que toca en oro y así desprestigia a la estructura económica que sostiene al estado, sino que es el poder económico el que aspira a acumular la mayor riqueza posible en sus propias manos, y por eso muchos lucran con lo que cuesta nacer, crecer, educarse, curarse, enterrarse; es decir, vivir, y que por eso, la enfermedad y la muerte generan los mejores negocios. No podemos pues ignorar que justamente para neutralizar esta avidez del poder económico, se inventan más y más códigos morales, a pesar de que está probado que tener uno no significa su cumplimiento o desarrollo moral alguno. En efecto, la propia teoría ética sostiene que las normas morales no necesariamente tienen que acatarse, pues cada uno es libre de decidir según su propia buena voluntad qué es bueno y qué es malo; y si, además, lo bueno es lo útil, cada quien decidirá según como se beneficie.

En general, las normas morales y las leyes, obligan relativamente, pues la libertad es inversa a la obligatoriedad: obedecen los menos autónomos, como los que nada tienen; los más autónomos, quienes gozan de poder, son los que menos obligados se sienten a cumplir la norma moral y la ley. En este contexto, la estrategia del poder es dar apariencia humanitaria a las leyes que han de obedecer los demás: de tal modo que detrás de cada disposición que se supone beneficia a la mayoría, está la ganancia que se espera alcanzar.

Creo que es justo preguntarnos si esta situación se debe cambiar y se puede cambiar; es decir, si cabe la posibilidad de romper este entramado de la inmoralidad del poder. Estamos seguros que sí cabe tal posibilidad. Aunque no guste a muchos, sobre todo a quienes hablan en nombre de Dios y de la moral, tenemos que empezar a enseñar a quienes nos reemplacen en el futuro, que el hombre tiene que ser explicado de un modo totalmente diferente. Que el problema no se reduce a la reflexión sobre la moral, o cómo debe enseñarse. Que el problema fundamental es la explicación de la naturaleza del hombre, a fin de transformarla.

Mientras más años y experiencia tenemos, seguramente más convencidos estamos de que hace tiempo venimos formando médicos sin una explícita definición de qué es el hombre: nos han convencido y hemos convencido a nuestros estudiantes que el hombre es un animal, a pesar de que el término es claramente denigrante para cualquier persona, más si es un paciente que requiere ayuda de los demás.

El problema de la naturaleza humana había resultado ser pues más difícil de resolver desde el momento en que la teoría científica natural así lo afirma, pero sin explicar la naturaleza de las diferencias entre hombres y animales. Se asegura que pertenecemos a la clase de los primates, porque tenemos las formas anatómicas similares. No hay una sola lección que, en vez de la primera sesión de anatomía, nos diga que somos de una naturaleza distinta, o que por lo menos se ponga en duda un concepto que subrepticamente, sin decirlo y sin explicarlo, está detrás de toda la formación médica.

Pensemos por un momento siquiera, si Carrión hubiera hecho lo que hizo si su cerebro hubiera sido igual al del primate más cercano. Por supuesto que conozco el cuestionamiento a una respuesta afirmativa: el más respetuoso me dirá que todo sacrificio heroico es posible porque hay animales altruistas que se sacrifican por su amo. Respondo que nadie duda de la continuidad y la unidad de la vida. Pero tenemos que explicar las diferencias; el principio del respeto por la unicidad de la persona, nos obliga a distinguirlas entre sí, pero también a ellas de los animales; así como estos también se diferencian de la mayoría de plantas, y éstas de moneras y protistas. Y no es necesario decir que la estrategia de educar a los animales sobre la base de códigos morales no es posible. Pero, ninguna especie animal ha creado códigos morales, o tiene una central ejecutiva que obliga a sus miembros a aprender alguno para aplicarlo más tarde.

Por eso, mirando las cosas desde afuera, por así decirlo, encontramos a Carrión como paradigma moral, y no como un animal (es doloroso, hasta denigrante, expresarse así, ¿no es verdad?) con cualidades dignas de admiración o de elogio, como un ser abstracto, idealizado o de naturaleza puramente espiritual, acerca del cual sólo nos interesa su conducta. Por el contrario, le vemos y admiramos como una personalidad cuya actuación concreta se basó en una decisión moral ante una necesidad no inmediata, local, transitoria o individual, sino social: de tal modo que la decisión de hacer lo que en sentido estricto vino a ser un experimento crucial acerca de una enfermedad, seguramente sin pensar en la posibilidad de morir, fue una decisión esencialmente moral. Esta decisión sólo pudo tomarla Carrión como persona precozmente madura, cuya dignidad, autonomía e integridad –en tanto actitudes enteramente morales– le facilitaron realizar la máxima aspiración de servir, no a un amigo suyo, sino a la humanidad; la de defender la vida, no de un paciente en particular, sino de todo un pueblo, sin por ello esperar una recompensa, que no



es un bocado, como tampoco un premio de mil o 20 mil dólares, sino la simple y llana satisfacción moral de explicar al hombre enfermo para servirlo mejor.

Habremos comprobado que, sobre todo en los círculos académicos de poder, que también los hay, la formación moral individualizada de las personas no ha garantizado la moralidad social. Basta comprobar que la investigación científica, por más que se guarden los preceptos éticos, está más orientada a generar ganancias que a generar bienestar: detrás de una pastilla está el poder afanoso de acumular riqueza. Esta actitud inmoral por supuesto que tampoco es una propiedad o atributo animal, aunque alguien podría decir que es un rezago bien disfrazado de nuestra primitiva voracidad.

Pero también es verdad que para elaborar una explicación que genere estrategias sociales de moralización no sólo de cada persona, sino de las instituciones hasta alcanzar al estado, se requiere comprender que la sociedad actual no es todavía tal; sobre todo si aceptamos como criterio que para ser una verdadera sociedad la nuestra tiene que estar plena, total e íntegramente moralizada. Mejor dicho, que la sociedad para ser tal debe estar ya organizada sobre la base de lo que es mejor llamar las máximas aspiraciones de toda sociedad: es decir, que debe haber llegado a ser un sistema supraindividual fundamentalmente solidario, libre y justo. Llegar a realizar esta sociedad depende de quienes empiecen a actuar pensando que todo lo bueno y valioso que fue creado por la humanidad y por esta sociedad en desarrollo, debe servir para que cada persona, cada uno de nosotros contribuya a estructurarla o a construirla moralmente.

En el camino trazado por Daniel Alcides Carrión, así como en el hay hermanos muchísimo que hacer, está delineada la perspectiva del papel personal que cada quien debe realizar en pos de la sociedad ideal. Es entonces natural que nos preguntemos, cómo lograr este fin último de la humanidad. Por un lado, y por principio, no cabe hoy día, y nunca más, que aspiremos a una sociedad moral sobre la base de que alguien, unos cuantos o muchos tengan que derramar su sangre para ser convertidos en mártires cien o mil años después. La única vía posible es la estrategia del deber asumido a plenitud por cada uno de nosotros. No para satisfacernos por nuestros logros, sino para influir o tomar parte en la moralización efectiva de muchos más. Lógicamente que para ello tenemos que empezar por reestructurar moralmente nuestra propia conciencia, y que así ésta se exprese como actuación objetiva moral; en sentido estricto, en la forma de conducta, sin adjetivaciones adicionales.

En estricto sentido, esto es lo que realmente hizo Daniel Alcides y muchos otros que se dedicaron a la atención y cuidado de quienes se pusieron en sus manos. La ventaja potencial que tenemos ahora es que puede haber mejores explicaciones de lo que significa ser hombre. Entendemos, por ejemplo, que la conciencia no es un simple darse en cuenta: asumimos el principio que si bien

el hombre se da cuenta de todo lo que existe, incluso de él mismo, no lo hace sólo por medio de sus sentidos, sino por medio de su conciencia.

Que por medio de esta superestructura cerebral, cada uno de nosotros no ha adquirido una personalidad, sino que se ha transformado, en no menos de dos a tres décadas de vida, en una personalidad. Y si es que aún no hemos logrado moralizar enteramente nuestra conducta, será porque nuestra conciencia tampoco lo está.

Entendemos que así como las teorías científicas nos proporcionan los conocimientos que se expresan en nuestro desempeño técnico que respeta la autonomía del paciente; que así como la teoría de las relaciones entre las personas nos proporciona los sentimientos que se expresan en nuestro comportamiento solidario con él; así también la teoría ética, nos debe proporcionar la entereza que ha de reflejarse en nuestra conducta, aquella forma de actuación personal que expresa nuestro respeto por la integridad del otro o de los demás.

Si el estado y el poder que está detrás o dentro de él, deciden hacer lo mismo, tendrán que rescatar el concepto original de la política, y en vez de denigrarla —como cuando quien representa al poder dice que en realidad no es político, o que su decisión no es política sino técnica; cuando se avergüenza de ser político, porque hasta los niños están convencidos de que los poderes del estado son corruptos; cuando para desvirtuar nuestros justos reclamos se los tilda de políticos—; en vez de denigrarla, decíamos, se tiene que asumir que ella —la política— es o debe ser la mejor, si no la única estrategia o tecnología social de moralización en masa. Si esto es lo que esperaban, sobre todo Platón y Aristóteles, cuando no había comunicación en masa, mucho más perentorio será ahora aplicar el principio de que quien tiene que moralizarse primero es el mismísimo poder económico y el estado que lo representa. Más todavía ahora cuando ya sabemos que el estado no es algo invisible; que no hay poder detrás del trono, pues ahora la estructura del estado se hace evidente por sí misma, y una sola falta de quien lo representa tiene que aparecer magnificado, enorme, conmovedor, pues así es el estado y la dimensión del poder que lo sostiene.

Por mala fortuna, tal como se deduce de la historia de 30 mil años que han transcurrido desde que la humanidad pasó a estructurarse como sociedad, es evidente que tal moralización aún no ha sido posible. Disponemos de códigos morales y de normas morales convertidas en leyes, y la estructura inmoral de esta sociedad persiste, tal como la Comisión de la Verdad que estudió lo oculto de nuestra más reciente historia nos lo ha demostrado plenamente. Y si no queremos seguir predicando en el desierto, empecemos por el comienzo: empecemos por asumir lo evidente: que antes que nada, el Homo sapiens ha dejado de ser tal: ya se ha humanizado en 200 mil años, y que los seres humanos hace 30 mil años que aspiran a construir una sociedad sobre la sólida base de una moral aceptada universalmente.



La realización de esta esperanza podría ser ahora más fácil, pues disponemos de mejores explicaciones acerca de su naturaleza: sabemos que cada hombre tiene una conciencia, por el sólo hecho de haber nacido y haberse formado en una sociedad de características ya bien definidas, y que muchos ya tienen aspiraciones morales igualmente bien definidas. Todo depende de lo que hagamos, en cualquier lugar, en cualquier tiempo, en cualquier nivel de la jerarquía social, pues mientras más alto sea el cargo, mayor aún será la capacidad de enseñar.

No esperemos que se repitan las circunstancias que condujeron al sacrificio de Carrión. Fueron injustas las condiciones que le llevaron a su sacrificio. Pero él hizo lo justo: nadie como él tuvo bien presente la necesidad de defender y preservar la vida de los otros. Él se encontró con las condiciones y las circunstancias que pusieron a prueba su propia estructura de valores, deberes o virtudes. Es sólo un decir que brindó su vida en un experimento crucial: el ofrendo su ser total como personalidad singular, plenamente consciente de las necesidades de un pueblo empobrecido y huérfano de toda aspiración a alguna forma de poder. Él sólo pensó que a ambos lados del camino de Cerro de Pasco a la capital, los hijos de muchos de los pueblos que le vieron pasar, habían muerto o estaban a punto de morir. Y algo había que hacer.

Pensemos que somos responsables de cómo quedará el planeta para las próximas generaciones. La moral, nuestra moral, vendrá a ser la única garantía de que ellas tengan los mejores medios para vivir, porque aspiramos a que toda persona llegue a realizar su plena dignidad, autonomía e integridad. Algo que nosotros, por ahora, apenas empezamos a vislumbrar, a pesar de todo.

Por supuesto que las autoridades más honestas del estado saben que la construcción moral de una sociedad sí es posible desde la conciencia de cada hombre; desde quienes detentan el único poder de su constitución moral. Saben que en estos treinta mil años, personas como Carrión asumieron el papel de defender la vida y de promover la justicia, la libertad y la solidaridad de los pueblos a toda costa. Por supuesto que, a la luz de este ejemplo, hay la esperanza de que quienes gozan de cualquier forma o grado de poder, sobre todo de aquellos que con más frecuencia figuran en los medios públicos de comunicación, enjuicien su propio papel; tienen que convencerse de que la imagen de sus actos se refleja tanto en quienes lo siguen, como en quienes lo rechazan.

Tenemos que asumir la construcción de nuestra propia solidaridad, de la propia libertad y de la propia justicia para nuestros pueblos. Tenemos que enseñar que no estamos en la postmodernidad, ni que hemos llegado al fin de la historia, ni que seguimos siendo los monos desnudos a quienes se tiene que domesticar.

Empecemos por demostrar a base de nuestras convicciones que jamás vamos a aprovecharnos de la enfermedad y de la necesidad de vivir de las personas para lucrar. Así sabremos enseñar que esta era de inmoralidad tendrá su fin por obra de quienes sí saben respetar la vida y la salud, y saben fomentar las capacidades pro-

ductivas y creativas de todas y cada una de las personas a quienes educamos e instruimos, atendemos y cuidamos.

Que por obra de ellos, la historia de una sociedad plenamente moral tiene que empezar. Eso es lo que entendió y lo demostró Carrión. Él entendió muy bien que la integridad de todo hombre es la única garantía de su autonomía y de su dignidad. Sabemos que estos atributos de la persona no se pueden realizar plenamente en el vacío. Si se ignora la existencia de la sociedad, también las personas pasarán desapercibidas, y entre ellas todo individuo egoísta, libre e inicuo.

Insisto en que el logro de una sociedad enteramente moral, sólo depende de nosotros. Aunque tampoco dejamos de lado la verdadera utopía: la de que el poder económico que nos dicta las leyes que le benefician, se dé cuenta que la política es la mejor estrategia de su propia moralización; por lo menos esa fue la lección que nos legaron los griegos, y que la están desperdiciando. Lástima que al hacerlo este poder tendrá que enfrentar el grave problema de que al moralizarse, tendrá que limitar su apetito por concentrar en sus manos el dinero que le da poder. Este es el problema que no existió para Carrión, como tampoco debe existir para nosotros. Para los médicos peruanos, para el Perú, es un privilegio tener un mártir a quien imitar. Y si no hemos hecho el intento de imitarlo, será porque más hemos pensado en su martirio, en las circunstancias más inmediatas que le llevaron a tomar la decisión de experimentar en sí mismo, en la importancia del experimento, en la conducta de un joven estudiante, humilde y ávido de ciencia, potencialmente capaz de llegar a ser un médico ejemplar.

Hay que pensar lógicamente en sus atributos, capacidades y rasgos personales. Pero también hay que pensar en los procesos sociales de su época que determinaron no sólo tales atributos, sino en lo que fue como ser social consciente: esto es, una personalidad cuya conciencia superó largamente la transitoria humanidad de su cerebro, y dejó en sus genes su primitiva animalidad. No sólo admiremos sus hermosas cualidades, sino desentrañemos los procesos que determinaron que así fuera. Sólo así se hará más fácil la posibilidad de imitarle. Aunque esta tarea, para quienes sufrimos el subdesarrollo en carne propia, tiene que consistir, no en la dulce espera de una nueva teoría del hombre-animal que venga de algún lado, sino en la elaboración de una correcta teoría del hombre. De los hombres que ya no podrán desarrollarse sobre los hombros y la riqueza de los explotados, precisamente como animales. Aprendamos a enseñar que es posible abrir el camino hacia una sociedad verdaderamente justa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Ortiz CP. La Formación de la Personalidad. Dimaso Editores, Lima. 1994
2. Ortiz CP. Un Concepto de Psiquismo. Revista de Epistemología (Lima) 1:27-44, 1997.
3. Ortiz CP. El Componente Moral de la Personalidad. Revista de Filosofía Reflexión y Crítica (Lima) 1:239-252, 1997.